



Cómo ha muerto el P. Vilarino

"El Mensajero del Corazón de Jesús".- Mayo, 1939.- Bilbao

Se sintió indispuerto el Domingo de Ramos; pero su optimismo y su espíritu apostólico le hicieron descuidarse y trabajar en la Semana Santa, como en tiempo ordinario, en sus múltiples ministerios. Ofició los tres días de Semana Santa en el Colegio de Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús; predicó las siete palabras en la Capilla de los Santos Angeles Custodios de Zabaldide; y, por fin, dió su acostumbrada radio-conferencia el Domingo de Pascua. Esta tarde se retiró; se levantó el lunes, dijo la santa Misa, su mayor consuelo, mas por la tarde se retiró ya definitivamente, acometido de fiebre muy elevada. Creíamos que sería un ataque gripal; pero pronto aparecieron los síntomas de pulmonía, que enseguida se definió claramente, aunque sin complicación ninguna. Todos creíamos la vencería. Pero, ¡ay! fué vencido por ella. El sábado in albis por la noche declaró el afamado doctor don Carmelo Irurita, que le asistió con toda solicitud, que la congestión había pasado al otro pulmón y auguró muy mal. El domingo a media tarde se celebró consulta de médicos. El pesimismo se acentuó; era caso poco menos que desesperado, mas el desenlace no parecía tan inminente. Se aceleró, no obstante. Y así, poco después de las nueve, casi sin agonía, espiraba dulcemente.

¡Qué muerte tan cristiana y esforzada! Ya al comienzo de su enfermedad dijo resueltamente al Padre Superior y a su confesor: **Avísenme si hay alguna cosa.** —Así lo haremos, pierda cuidado. Lo que sigue nos lo cuenta el P. Sáenz de Tejada. El domingo in albis muy temprano fui a su cuarto: —¿Qué tal ha pasado la noche, Padre? —Maí; ¿viene usted a traerme la Comunión? —No, Padre, vengo a otra cosa; Vuestra Reverencia me dijo que le avisara. —Sí; ¿y qué? —Pues que dice el médico que se ha declarado la pulmonía doble y que en estas circunstancias aconseja él recibir los Sacramentos.

Jamás olvidaré el acento firme y sereno con que inmediatamente me respondió: —¡Muy bien!... ya me parecía que había de pasar al otro lado. Mire, saque de ese cajón de la derecha de mi mesa un cuadernito y léame lo que dice. Era un cuadernito muy viejo, escrito con su linda letra. Lo comenzó a principios de 1897 con la lista de los novicios a quienes él, como ayudante del Padre Maestro, había recibido en Loyola (allí está mi nombre) y lo continuó con apuntes muy diversos hasta poco antes de su muerte. Lo saqué y le leí el capítulo por él deseado. Un bello y precioso itinerario para el gran viaje. A juzgar por la tinta, lo había escrito con toda premeditación muchos años antes, lo menos treinta, quizá en algunos Ejercicios, y lo había ido detallando después. Heo aquí íntegro:

"MORIATUR ANIMA MEA MORTE JUSTORUM"

Deseo morir como Dios quiere. En este mundo todo lo que Dios me ha dado ha sido bueno. Lo malo todo ha salido de mí: todo lo he puesto yo.

Pídole humildemente me conceda morir en su gracia y en su Compañía por los méritos del Sagrado Corazón de Jesús, por la intercesión del de María, de su glorioso Padre San José y de mi Santo Padre Ignacio. Aunque confieso que muchas veces he merecido que me echen de Compañía tan santa.

Desearía morir mártir y con martirio lento y muy doloroso, claro con la gracia de Nuestro Señor. Y esto aun cuando no mereciese más gloria por ello; sólo para pagar con mis dolores tantas ofensas como he hecho a Dios. Pero, ¡ay! no soy digno.

Acepto muy conforme, y si es lícito deseo mucho purgatorio, para que pague algo de lo que hice. Por lo

PASTORAL Y CATEQUESIS

cual cedo a otras almas del purgatorio cuantas satisfacciones gane o se apliquen antes y después de mi muerte, según la voluntad de mi Dios.

Si muero de repente, deseo que mi muerte sea causa de que algunos, oyéndola, se salven o preparen mejor.

Si muero lentamente, me parece buen método éste:

- 1.—Recibir pronto el aviso.
2. Confesarse muy a tiempo.
- 3.—Recibir el Viático pronto y, si me dejan, con la sotana puesta.
- 4.—Comulgar diariamente toda la enfermedad.
- 5.—Recibir la Santa Unción pronto, y si me dejan, con la sotana puesta, y que me laven los pies y pongan bien la cama.
- 6.—Tener conmigo el Crucifijo, los escapularios, la medalla de la muerte de San José, el rosario, un escudo o escapulario del Sagrado Corazón y delante las estampas de la Sagrada Familia y el Sagrado Corazón como las tengo delante de ordinario.

7.—Si tengo sano el juicio, quisiera me leyese estas cosas: Pasión de N. S. J. C. (si hay, en Lohmann). Recomendación del alma (antes en particular). Oración de la buena muerte (la sé). Varios pasajes de la Escritura, como la de Job, la de la Cananea, el hijo Pródigo, el Publicano, el Buen Pastor, lo de Lázaro, la Magdalena, etc. 1 ad Cor., c. 15. Salmos graduales, I, 117. Muerte de San Luis, San Estanislao, San Juan, Kempis 3 : 48 y 49 y 5; 2 : 7 y 8; 4 : 2, martirios de San Ignacio, Santa Cecilia, Santa Perpetua. Algunas poesías de Fray Luis. Ultima luz.

8.—Inspírenme muchas jaculatorias y récneme oraciones, v. gr.: Te Deum, Fórmula de los votos. La oración de la buena muerte, Jesús, José y María, etc. Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor. Dulce Corazón de María, sed mi salvación. Glorioso Padre de Jesús, amparadme. ¡Jesús mío, misericordia! In manus tuas, Domine. Domine memento mei dum veneris. Deus propitius esto mihi peccatori. Utique Domine nam et catelli, Angele Dei qui custos es mei. Señor, tened de la mano al Padre Vilariño, porque si no este Padre os hará traición. Et in carne mea videbo Deum S. m. Anima Christi. Tomad, Señor. Acordaos. Nobis quoque peccatoribus. Letanias lauretanas, de Jesús, del Corazón de Jesús. ¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

9.—Quisiera morir con la sotana puesta, si me dejan.

10.—Lo último que quiero decir y si no puedo que me lo digan, es: ¡Jesús! (Ter.) Pater... Ave... Gloria... Credo... Señor mío... Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor. ¡Corazón de Jesús, en Vos confío! Dulce Corazón de María, sed mi salvación. Glorioso Padre de Jesús, sed mi amparo. Santo Padre Ignacio, recíbeme entre tus hijos. Jesús, José y María... O Mater mea. O fiducia mea.

11.—Al morir digan un Te Deum. Jaculatorias ai

morir: Creo en Vos; espero en Vos; os amo, Dios mío, con todo mi corazón. ¡Madre de Dios y Madre mía! San José, Padre de mi Señor Jesucristo y Esposo de mi Madre Santísima! Padre nuestro que estás en LOS CIELOS. ¡Señor mío Jesucristo!

“Bien, Padre — le dije, después de leído su itinerario. Voy a celebrar fuera; a media mañana volveré a confesarle. Volví, pues, sobre las diez y cuarto, y le oí en confesión. Después le vistieron la sotana, según sus deseos, y con ella recibió el Santo Viático que le llevó el R. P. Vicerrector, acompañado de toda la Comunidad, renovando ante S. D. M. los votos religiosos. A continuación recibió la Santa Unción. Le acompañé a dar gracias, leyéndole despacio y muy distintamente (para que él lo repitiese sólo de corazón) el Te Deum y las otras oraciones por él señaladas, y quedó con su habitual serenidad, sin especiales padecimientos.

Durante todo el día no le perdí de vista; le visitaba de cuando en cuando; le recitaba las oraciones y jaculatorias del cuadernito, que me servía de guión en todo. Hablábamos de la felicidad de ver a Dios cara a cara; de “cuán dulce es morir después de haber tenido una tierna y constante devoción al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar, etc. Y recuerdo que una vez me repitió en tono esperanzado las palabras de San Pablo que al día siguiente habíamos de recitar en la Misa por su alma: *Semper cum Domino erimus*. “Estaremos siempre con el Señor!” Por la tarde le leí una preciosa Intención que él había escrito para noviembre de 1905: “La buena muerte”. Hubiérase dicho que la había compuesto para aquella hora. ¡Dichosos de nosotros; hemos de morir! Quiero morir en Cristo, quiero morir con Cristo, quiero morir por Cristo; que al verme muerto no digan precisamente: “Ha muerto un sabio”, sino “ha muerto un buen cristiano”.

Le pregunté varias veces: —¿Tiene Vuestra Reverencia algún encargo que hacerme, algún deseo que cumplir? —No, ninguno. Si recibía alguna breve visita o se le transmitía algún saludo de sus múltiples amigos y devotos, lo agradecía afablemente y lo mismo recibía los encargos que para la Patria le hacíamos: —Pdre, acuérdesse de nosotros y de nuestras revistas en el cielo. —Sí; ya lo haré.

Carácter vigoroso, cristiano fervoroso, varón endiosado, no le noté la más ligera señal de decaimiento moral o de temor a la muerte, ni de preocupación ninguna por las cosas de la tierra. Su alma estaba centrada en su Dios; su corazón descansaba confiado en el de Jesucristo, a quien tanto había glorificado, y en la Santísima Virgen a quien tan tiernamente había amado. Récneme después — fué uno de sus últimos encargos— algunas oraciones al Corazón de Jesús y a la Virgen (ya habíamos rezado las letanias y otras).

A las ocho y media recibió a los HH. Coadjutores y les agradeció sus buenos servicios y se sonrió al exclam-

PASTORAL Y CATEQUESIS

mar uno de ellos: ¡Ay, Padre, quién pudiera volar con Vuestra Reverencia! Quedó tranquilo, aunque aquejado de la fatigosa respiración, y nadie pensó que moriría tan pronto. No había pasado media hora cuando estando cenando nos avisa el enfermero que hay novedad. Subimos apresurados a su aposento: El Padre Vicerrector le aplicó la indulgencia plenaria y le leyó la recomendación del alma; yo me puse, doblada la rodilla derecha, a su cabecera, ayudándole en el paso misterioso con el Crucifijo que él tenía siempre delante y las jaculatorias por él deseadas. Por fin, a los pocos minutos, espiraba dulcemente, presente la Comunidad, sin darnos cuenta del momento preciso, sin penosa agonía ni dolores especiales. Debí acabar de un colapso. Eran las nueve y diez de la noche del 16 de Abril; contaba el Padre setenta y tres años. Terminamos de rezar las oraciones rituales. Y sobre sus despojos todavía calientes, entonamos, según sus deseos, el himno de la victoria: el *Te Deum laudamus*. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?" Habíamos cantado pocos días antes al ver al Salvador resucitado. Nuestro querido Padre Director había entregado su alma a su Criador; había expirado en el Corazón de Jesús. ¡Dichoso

de él! ¡pobres de nosotros! Que siga, según sus promesas, dirigiéndonos y ayudándonos desde el cielo".

El apretado concurso para visitar el cadáver, revestido con los ornamentos sacerdotales y expuesto en un salón de la portería, no cesó en todo el día siguiente; tocaban rosarios, estampas y objetos de devoción a sus manos consagradas; le cubrieron de bulas de difuntos; todos pedían instantemente algún recuerdo suyo, una estampa, un trozo de ropa; cualquier cosa, usada por el "santo P. Vilariño". A las siete de la tarde tuvo lugar la conducción del cadáver; una con toda verdad imponente manifestación de duelo. ¡Cuántos sollozos y cuántas lágrimas vimos estos días, en gente del pueblo, en señoras y caballeros! El martes, 18, concurridísimo y devoto el funeral en la iglesia de la Residencia, completamente llena; poco antes del mediodía le dimos tierra en el panteón de los Padres de la Compañía de Jesús en Deusto.

Así ha descansado en el Señor, bien querido de El y de los hombres, nuestro admirable Director y uno de los campeones más insignes de la causa católica en España en los últimos ocho lustros.—R. I. P.

Cardijn vuelve al Pío Latino Americano

Por segunda vez estuvo en nuestro colegio el gran apóstol de la juventud obrera. Su gozo y entusiasmo no tuvo límites cuando al entrar oyó vibrar las notas del Himno Jocista, y la lectura de la ofrenda espiritual que espontáneamente le obsequiaban los hijos de América por el feliz éxito de la peregrinación jocista mundial a la capital del Orbe Católico...

"Quisiera saber vuestra propia lengua, dijo, para poder expresaros con más calor mis sentimientos de gratitud".

Cardijn deja desbordar su corazón de padre sobre los nuestros en formación, que en aquellos momentos sentimos ensancharse para recoger sus enseñanzas dirigidas principalmente a formar nuestro espíritu sacerdotal en el orden al apostolado con la juventud obrera.

Procuraré, pues, reunir algunas de sus ideas, que considero puedan interesar a los sacerdotes que actualmente trabajan incansables, y no menos a los compañeros que, como nosotros, se preparan al apostolado.

Y comienza a hablar el apóstol consciente de la responsabilidad de su propia misión: "A nosotros toca decidir si los obreros de mañana han de ser comunistas o no". La sublime paternidad espiritual que goza el sacerdote sobre las almas, ha de impulsarlo hacia aquellas que están más en peligro: las de los jóvenes obreros por los cuales ha de sentir especialísima predilección.

No es, pues, el sacerdote, hombre de sola oración.

El es la luz del mundo y la sal de la tierra. A él corresponde guiar y formar a los obreros. Misión divina que no puede cumplir solo; porque no es obrero; porque no está en el trabajo; porque es sacerdote.

¿Cómo ha de hacer entonces para entrar en aquel campo, para hacer que el trabajo sea como Dios quiere? Esmerarse por dar a la Iglesia hijos que la conozcan, apóstoles en su propio ambiente.

Su ideal será entonces poner un apóstol en el camino, en la fábrica, en la oficina. Entre el uno y el otro obrarán la transformación en todos estos lugares. Donde quiera que encuentren un obrero, allí debe obrarse una transformación.

Diáfano aparece a nuestros ojos el fin de la J. O. C.: hacer del obrero un cristiano integral; enseñarle cómo debe hacer de su trabajo, oración.

Para ser cristiano no basta oír la misa, confesarse, comulgar...; debe aprender el obrero a orar en su trabajo; que su labor cotidiana, su apostolado sean oración...; que no es pequeña máquina, que es hombre, que también él es obra, la más perfecta, de Dios sobre la tierra. "Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra".

Que sea además el obrero cristiano no sólo en la iglesia, sino también en la calle, en la fábrica, en la ofi-

PASTORAL Y CATEQUESIS

cina; Dios quiere de él un apóstol; hacia el apostolado debe orientar toda su vida. El es el auxiliar del sacerdote: le hará a conocer la Parroquia, le dará cuenta de la vida y el ambiente en que trabaja. Con su esposa y sus hijos formará el hogar cristiano, germen no sólo de un nuevo resurgir para el reinado de Cristo universal, sino también de un nuevo y vigoroso impulso para la sociedad.

Y ¿quiénes son estos apóstoles? Los jocistas, jefes de la clase obrera. Convertidos en misioneros, en apóstoles, serán ellos los que pueden entrar muchas veces allí a donde no puede llegar la sotana del sacerdote; con sus palabras sencillas y de plena confianza serán los más a propósito para atraer al amigo obrero, quizá comunista.

Es necesario mostrar al obrero comunista que verdaderamente la Iglesia le tiene amor; pues, al comunismo no se le combate refutándolo, sino convirtiéndolo.

Hoy día dictan leyes los gobernantes contra los sucesos de los que originaron este mal contemporáneo; apelan a la violencia; pero si no pasan de ser éstos los medios de combatirlos, ellos se desarrollan solapadamente hasta que llega el momento en que el fuego alimentado bajo el calor de las cenizas se enciende en llamas voraces que se precipitan sobre la Iglesia y la civilización. El Estado mismo peligrará en su organización civil.

La mayor refutación del Comunismo, es hacer católicos a los obreros; si éstos llegan a ser cristianos, se destruye el Comunismo por su misma raíz. La benevolencia hace más contra el adversario que la obstinada oposición.

Se lanza, pues, el sacerdote a la primera conquista de sus operarios, en la cual no son muchos los que va a elegir, sino uno, dos, tres, los mejores que encuentre y a los cuales atraerá de una manera muy sencilla: "¿Dónde vives? tienes familia? dónde trabajas? cuánto ganas? quién tu patrón?... etc."

Tal debe ser el método de enseñanza del sacerdote, acomodado a las circunstancias, y al ambiente, y condición. Entonces corresponde al sacerdote llenar el corazón del obrero del espíritu de Cristo. En él ha de vaciar todo su espíritu sacerdotal, para hacerle comprender la necesidad de su cooperación: "Joven obrero, la Iglesia tiene necesidad de tí".

¿Corresponden los obreros?

Cardijn conoce íntimamente el alma de los obreros. Se entusiasma, delira al considerar la fiel correspondencia del obrero convencido de su deber de apostolado: un obrero, cristiano integral, está pronto al sacrificio, al olvido de sí mismo, a la abnegación.

En ninguna clase de la sociedad como en ésta se descubren tantos sacrificios por el ideal.

Ellos serán, pues, los hombres de conquista. Toca a nosotros el formarlos; pero, constancia y ánimo en la ruda labor. "No os abatan las dificultades, permaneced siempre jóvenes en vuestro sacerdocio. Yo comencé en 1912 y

el jocismo se fundó en 1925... Trece años de trabajo... Es necesario empezar repetidas veces y ensayar diversos métodos. Por eso, humildad sacerdotal... y convencido siempre el sacerdote de que para conquistar la masa es necesario formar la levadura".

Su acción sobre ellos es doble, vale decir: instructiva y formativa. Pues al mismo tiempo que les va proponiendo las enseñanzas del catecismo por método de inducción, de modo que el mismo obrero descubra la verdad, debe el sacerdote hacerlo ejercitar en el apostolado. Su acción, pues, no pasa de ser ésta; el sacerdote es el inspirador. Ellos resuelven y obran.

"Tengo experiencia de sacerdote. Al principio les expliqué la RERUM NOVARUM y les leía el texto. Se fueron todos. Entonces les expliqué mostrándoles las diferencias de vida entre los unos y los otros. Son ellos en estos casos los que entran en acción; se requiere, por eso, contacto personal de los unos con los otros; pedirles los nombres de los compañeros...; qué pueden hacer para convertir a tal compañero comunista; cómo podrá realizar tal empresa. Entonces se descubre lo que puede un obrero. En Bélgica, país pequeño, han llegado a reunir 2.200.000 fr. que me han entregado a mí particularmente del fondo común de la peregrinación a Roma".

He aquí lo que puede toda la masa obrera cristiana. Muere Pío XI y se conmueve profundamente...; con grande interés sigue por la radio el curso de las exequias... Es que siente la muerte de un padre... y ante aquel vacío: ¿Quién será el nuevo Papa? "¿Será amante del obrero?" Si llegamos a formar apóstoles en todas partes, agrega Cardijn, yo os aseguro que dentro de 25 años la masa obrera habrá vuelto a la Iglesia.

Corona de los sacrificios hechos hasta ahora, será la peregrinación mundial de 20.000 jocistas que llegarán hasta El Vaticano mismo para ofrecer al Papa su obrar todo por los intereses de Cristo y de la Iglesia. Con esta peregrinación que tiene carácter de cruzada se contribuye a la paz del mundo.

Cardijn para terminar nos dirige sus últimas palabras de sacerdote: "Es necesario ser santos para tratar con la clase obrera, muy simple y sencilla. Que descubra en nosotros la imagen de Cristo no sólo en nuestras palabras, sino principalmente en nuestro modo de obrar, en nuestro espíritu de sacrificio. La santidad y el sacrificio son fuentes del reinado y del triunfo de la Iglesia."

Cardijn abraza grandes esperanzas en la juventud obrera americana. "Ansío ardientemente que bajo la dirección de vuestros obispos, en la J. O. C. nihil sine episcopo, seáis verdaderos apóstoles, intrépidos luchadores por la clase obrera, que constituye un porvenir en vuestra América."

José Rincón B.

Roma, mayo de 1939.